

Personas frágiles, el trabajo y la calidad de vida

Eugenio Díaz

La sociedad actual trasmite como ideal colectivo de especial relevancia, un individualismo que en su forma más extrema toma el imperativo: “Vive tu propia vida, no dependas de nadie”.

Pasión por la suficiencia que promueve personas cada vez más vulnerables a los avatares de la existencia. Personas especialmente frágiles ante la vida, con cortes biográficos, momentos de ruptura, que producen desórdenes personales para los que apenas cuentan con recursos subjetivos con los que responder. O cuyas respuestas suelen oscilar entre la alienación más debilitante o la separación más radical y destructiva.

Las adolescencias, tiempo de entradas y de salidas como se ha recordado, de pérdidas y ganancias aún por venir, son en este sentido un buen representante de dicha fragilidad y oscilación.

Pero nuestra época promueve también, como la otra cara del individualismo, identificaciones colectivas -bajo el signo de goces diversos y déficits varios-, que empujan a una uniformización que deja en el horizonte segregaciones más o menos burdas o sofisticadas.

Esta vulnerabilidad y fragilidad del sujeto moderno, en ocasiones tan impactante en el adolescente, no deja de ser un hecho paradójico, puesto que la alianza entre la ciencia, la tecnología y el mercado abre, al menos esa es su promesa, un margen de posibilidades de realización personal y social nunca visto en la historia de la humanidad.

Se constata sin embargo, en lo cotidiano de la vida de las personas, en lo familiar y en lo laboral, y consecuentemente en lo cotidiano de los dispositivos de atención, asistenciales o educativos, los efectos alienantes, cuando no mortíferos, de este convite. Y ello ocurre en virtud de que en la etiqueta que identifica esta oferta de liberación, en su marchamo, hay un engaño, una trampa, la letra pequeña que inexorablemente aparece en todo contrato (y que hay que leer): eso que nos libera, que nos hace más libres –es decir, el acceso cada vez más rápido y para más individuos al consumo de todo tipo objetos, ya sea los que produce la ciencia, sea de servicios, o culturales, con la consecuente multiplicación de goces y derechos, que es a lo que habitualmente se le llama calidad de vida-, eso que nos libera, nos deja aún más solos frente a lo que desde

Freud y gracias a él, sabemos: que hay en la cultura, en la misma esencia del ser humano, una malestar intrínseco, estructural. Una disfunción que hace imposible la realización del Programa de la felicidad. Y que es esa misma imposibilidad la que marca en toda su dimensión, para lo bueno y para lo malo podemos decir, la existencia del hombre.

Entendemos así que es insuficiente hablar de personas especialmente frágiles, sino no se conecta con una teoría del sujeto que incluya lo que nuestra civilización pretende obviar, o más precisamente lo que pretende suturar, a saber: la verdad del sujeto, una verdad que se sufre.

Creemos que no tener en cuenta este hecho de estructura, nos deja o alineados con la obstinada negación de la ciencia, entre otros, frente a lo que constituye la desgracia del ser hablante, o avocados a respuestas que en nombre del bien, lo normal o una supuesta verdad última y objetiva, que empujan a los sujetos y sus entornos, a agentes sociales y poderes públicos, a callejones sin salida con mayor carga, aún si cabe, de malestar, sufrimiento, agresividad e incluso violencia.

“Cuando un sujeto sitúa la causa de sus síntomas en el acontecimiento o la lesión, deja de ser un sujeto libre y responsable, se somete a una relación particular con el déficit”. Sabemos que en nombre del bien se pueden hacer los mayores desastres. La historia nos lo sigue corroborando.

Es por eso que se hace necesario apostar por alejarse de las respuestas del tipo “si tu quieres todo es posible” –que son las que promueve un liberalismo salvaje en donde el otro no es mas que un puro competidor o simplemente un estorbo; (alejarse) de respuestas que se realizan bajo el efecto de la angustia o producto de la impotencia; y no menos de que sean los bellos ideales, viejos o nuevos, nostálgicos o postmodernos los que comanden la intervención más allá del propio sujeto.

Dicho esto, pasaré ahora a relatarles algunos aspectos de una experiencia que toma como orientación mayor las ideas expresadas:

- Hay la disfunción estructural, que toma la forma, que se agrava, si vds quieren, con los rasgos de su tiempo
- La necesidad del alejamiento en las respuestas a la fragilidad, del imperativo superyoico del “si quieres puedes”, de su otra cara la impotencia o de la imposición de ideales

Relato de una experiencia

Se trata de la experiencia que se sigue en un dispositivo de inserción laboral.

Una empresa que da empleo a personas que han sufrido cortes biográficos que han tenido consecuencias importantes en el establecimiento y/o la posibilidad del mantenimiento de vínculos sociales. Quedado avocadas a las precarias posibilidades que les proporciona el uso, a menudo discriminador en los cotidiano, de los diagnósticos psiquiátricos, o frecuentemente estigmatizador, de la variada acepción sobre la discapacidad.

Son en su mayoría jóvenes, que acceden por primera vez a un puesto de trabajo después de un recorrido psicoeducativo especial o que intentan retomar su vida laboral, pasado un tiempo, en ocasiones largo, de ruptura, de caída subjetiva.

Se trata entonces, en esta experiencia realizada a partir del ámbito laboral, de acompañar a los sujetos en la construcción de nuevos lazos sociales; en la creación de una solución propia a sus dificultades, que les permita a vincularse lo más dignamente con el otro social, colaborando en el encuentro y eventual estabilización de suplencias menos patológicas de las usadas hasta el momento.

Ahora bien, es necesario precisar en qué condiciones un dispositivo así, es susceptible de favorecer la citada orientación, dado que se sitúa bajo dos significantes, especial y trabajo, que pueden deslizar cualquier intervención con suma facilidad por la pendiente de la segregación.

En qué el trabajo, por ejemplo da mayor calidad de vida, nos podemos preguntar, teniendo en cuenta, el nuevo orden laboral, es decir el de los contratos basura, el de las deslocalizaciones o el de la contabilización burocrática.

Entonces, un acompañamiento en un dispositivo así, requiere:

1. Entender que el síntoma del sujeto es lo más propio que cada cual tiene. Por lo tanto que lejos de excluirlo hay que tratarlo como una verdad subjetiva.
2. Que se necesita un tiempo particular para construir un juicio, una historización propia sobre el desastre subjetivo, sobre las elecciones que hizo en relación al o los

acontecimientos y encuentros traumáticos de la vida, sobre las repeticiones que a menudo han llevado a alguien a lo peor.

3. Que es la construcción de este juicio la que, de manera primordial, dará recursos al sujeto para encontrar nuevas palabras con las que vincularse al otro. Palabras como por ejemplo, trabajador.

4. Que como mejor colabora una institución en este acompañamiento es funcionando como **no-toda**. Es decir que sosteniéndose en normas generales, garantía de que las actuaciones no están sometidas al capricho o arbitrio de tal o cual persona o ideal, admite formas particulares de vincularse con ella.

6. Que se acompaña a un sujeto a hacerse responsable de sus palabras y de sus actos, que muestra aunque sea levemente, su decisión para encontrar una salida al corte en la vida que produjo el encuentro traumático. Decisión que no es necesariamente del orden de lo que dice, es mas bien del orden de lo que hace. Es decir que ha de escucharse pero no en el bla, bla, bla de las buenas voluntades, sino en la relación que cada sujeto mantiene con su acto.

7. Para ello nos interesamos en lo que expresan de sus dificultades, malestares y limitaciones. Si se hacen o no cargo de ellas, si desean o no situarse bajo tal o cual decir familiar o social.

8. Y último, tiene que haber un otro dispuesto a hacerse *partenaire* de esas palabras, que colaborando como secretario del alienado, función que Jacques Lacan definió como orientación mayor en el trabajo con sujetos psicóticos, en la construcción de un deseo particular.